

No Place Like Home

GOOLBOOKS

SEANAN MCGUIRE

Índice

Índice

Sinopsis

No Place Like Home

Glosario

Sobre la autora

Créditos

Sinopsis

Los viajes por carretera son algo maravilloso, llenos de aventura, excitantes y de hospedaje dudoso, pero hay un momento en la vida de cada hombre en donde lo único que quiere es la oportunidad de dormir en su propia cama, comer en su mesa y reunir su colonia de ratas que hablan panteístico* con sus otros amigos, eso lo haría dormir un poco mejor. Con Buckle Township a la vista, Jonathan Healy esta finalmente yendo a casa.

El problema es, el significado de hogar para él no es igual al hogar de Fran, quien creció en el desierto, nunca vivió bajo un techo por más de una semana, y no tenía idea de que esperar. Para hacer las cosas peores, los padres de Jonathan, Enid y Alexander Healy, que eran miembros de la Alianza de San Jorge-están aquí dispuestos a hacer las cosas más incómodas para todos.

Con su futuro en riesgo, es tiempo para Frances Brown de tomar la más grande decisión de su vida. Se quedara en Buckley Township y tratara de hacer su vida con los Healys? ¿O ensillara su caballo y montara de regreso hacia el ocaso?

*Panteístico: persona que practica el panteísmo, que es la creencia de que el mundo y Dios son lo mismo. Cada criatura es un aspecto o una manifestación de Dios.

No Place Like Home

Dedicatoria

Para Brooke, que ama los trenes.

No Place Like Home

Traducido por Pilitas, Celesmg, Maytte, PrisAlvS y Connie.J

Corregido por Leeconemi, Pily, SilV, Camille A y Isav

M*unicipio de Buckley, Michigan, 1928*

En total, les tomó a Jonathan Healy y a Frances Brown más de tres meses para hacer el viaje de Tempe, Arizona al Municipio de Buckley, Michigan. Después de cuatro viajes en tren —cada uno de ellos más terrible que el anterior culminando en un vagón de pasajeros lleno con basiliscos los cuales provocaron que ambos renunciarán a viajar en tren en el futuro inmediato— innumerables horas gastadas en la silla de montar, y un infortunado número de dudosas casas de huéspedes, moteles y habitaciones libres, Jonathan estaba más que listo para estar en casa.

Fran era otra historia. Ella podía también haber nacido a caballo por toda la preocupación que había mostrado sobre los tramos entre las ciudades, y mientras ella no disfrutaba exactamente de los trenes, ellos eran al menos entretenidos.

Ella había estado complementando su dieta con conejos, ardillas, e incluso un viejo ciervo lebrílope¹, el cual sabía como la más dulce carne de venado que cualquiera de ellos jamás había tenido. Había estado perfectamente feliz de continuar bien fuera de los límites del estado de Michigan, tal vez todo el camino a Maine, donde el océano golpea la costa, y ninguna de las personas que vivían allí realmente creían bastante que Arizona existía.

El último día de su viaje encontró a Jonathan levantado muy temprano, demoliendo el campamento que habían hecho a lo largo del borde del Bosque Manistee. Los caballos estaban pastando cerca. Fran se sentó en su bolsa de dormir, entrecerrando los ojos hacia él.

¹ **El lebrílope o jackalope:** Es un animal originario de Estados Unidos, que parece un cruce entre una liebre y un antílope o ciervo, el nombre en inglés es una mezcla de jackrabbit (liebre) y antílope, y generalmente se representa como un conejo con cuernos, y a veces también con cola de faisán.

—Chico de ciudad, será mejor que tengas una maldita buena razón para retumbar alrededor mientras el sol aún está pensando en volver a la cama, o voy seriamente a reconsiderar la sabiduría de dejarte vivir —dijo ella hoscamente.

Los ratones, quienes habían comenzado a poner su calendario diario con las amenazas de Fran, animando. Por una vez, Jonathan no los calló. En cambio, él se apartó de la carreta que había estado embalando con su equipaje y sonrió hacia ella.

—¡Es un día hermoso! Allí hay un poco de conejo frío de la cena de anoche, y te dejé la rebanada de pan. De esa forma puedes hacer un sándwich para comer mientras viajamos, si quieres. —Jonathan se volvió hacia la carreta—. Estamos a tres horas de viaje a las afueras de Buckley, dos si no nos detenemos.

—Entonces, ¿Por qué no cabalgamos por la última noche? —preguntó Fran, repentinamente desconfiada. Los ratones estaban aún animando. Ella bajo la mirada hacia ellos y frunció el ceño—. Ustedes, silencio. Estoy tratando de hablar con Johnny.

Los ratones dejaron de animar, cayendo en un silencio reverencial.

Como todos los Healys, Jonathan había desde hace mucho tiempo crecido en armonía con el silencio de los ratones. Se giró hacia Fran, tratando de ignorar el hecho de que ella estaba desaliñada, con ojos somnolientos y envuelta en una cobija, dijo, con toda la propiedad como pudo manejar: —No es ningún secreto entre nosotros que estoy ansioso de estar en casa. Este no es mi estilo preferido para viajar. Disfruto de duchas calientes y camas con las que estoy familiarizado. Pero tendría que estar ciego para haber extrañado el hecho de que estaba llevándote dentro de un ambiente totalmente extraño. Esto parecía mejor a dejarte tener una buena noche de sueño antes de presentarte a mis padres.

—Podrías haberme dicho anoche que era lo que estabas haciendo —dijo Fran, tratando de sonar enojada. No lo logro del todo. El alivio de escuchar lo que Jonathan había dejado en su explicación, había pensado bastante en que ella se detuviera y dejarla descansar, era muy fuerte.

—¿Me permitirías este pequeño acto de caballerosidad, o insistirás en que nos empujemos? —preguntó Jonathan. Sonrió un poco—. Has aprendido mucho sobre mí durante este viaje. Me temo que el aprendizaje va en ambos sentidos, Frances Brown.

—Tu, mira para otro lado —dijo Fran, de repente brusca—. Necesito vestirme y refrescarme si vamos a irnos y conocer a tus viejos.

—Sí, señora —dijo Jonathan. Él sonrió abiertamente mientras le daba la espalda y continuaba empacando sus pertenencias.

Él casi estaba de nuevo en casa. Frances Brown nunca había estado más lejos de casa en su vida.

El Municipio de Buckley, Michigan, era un rara combinación de área construida y salvaje en 1928, como estaban aún sintiéndose fuera de la forma del espacio, y no tenían una verdadera prisa para madurar en algo parecido a una ciudad. Fran no se dio cuenta cuando cruzaron los límites del municipio; no había señalizaciones o calles pavimentadas para recibirlos en el camino que estaban tomando, justo los mismos caminos de grava que habían sido sus acompañantes desde que llegaron en Michigan. Entonces ella se dio cuenta de que la frecuencia de las cercas de pasto y de graneros distantes eran cada vez más altas por minuto, lo cual era un signo seguro de civilización.

Ella echó un vistazo hacia Jonathan. Él estaba sentado más alto y más fácil en la silla de montar de lo que nunca lo había visto, una pequeña sonrisa en su cara que le hacía lucir razonablemente atractivo, si estuviéramos en la delgada ciudad de chicos.

Aunque tal vez ese no era el mejor nombre para él ahora, si este era el lugar de donde había venido. Buckley era todo campos y granjas, al menos hasta ahora, y si había horizonte en la ciudad para ser visto, este estaba ahora oculto por los árboles.

Los ratones estaban dormidos otra vez, arrullados por el suave balanceo del carrito del equipaje. Fran encontró su silencio un poco inquietante. Después del número de cosas que los había escuchado celebrar desde que dejaron Tempe, tenía expectativas al regresar a Buckley como algo digno de emocionarse.

Jonathan miró hacia ella y dijo: —Mi familia vive a las afueras de la ciudad, en donde no hay que preocuparse tanto por los vecinos curiosos interesados en cosas que no son para nada de su incumbencia. Podemos ir al centro más tarde, cuando hayas tenido tiempo para aclimatarte.

—¿Hay un centro en la ciudad? —preguntó Fran, dudosamente—. ¿Son esas tres casas construidas bastante cerca para hacer bloquear el viento?

—No, es un centro apropiado, con tiendas, bancos y una muy bonita biblioteca donde trabaja mi padre —dijo Jonathan. Él estaba riéndose. Fran no podía recordar haberlo escuchado sonar tan... *feliz* antes—. Realmente, somos muy civilizados aquí en Michigan. No mantenemos el calor arremangado para 'asar' todo el tiempo, por ejemplo, lo que nos pone bien adelante de Arizona.

Fran resopló.

—Cuida tus modales, muchacho de ciudad. No insultaré de dónde vienes si no insultas de dónde vengo.

—Es un trato —dijo Jonathan—. Ahora anda, salgamos de la calle principal antes de que alguien nos vea.

Fran bajo la mirada hacia al amplio camino de grava que estaban recorriendo a lo largo.

—¿Ésta es la calle principal? —ella preguntó, perpleja.

—¡Por aquí! —Jonathan instó a su alazán² castrado a un trote rápido mientras guiaba al caballo a través de un hueco lo más cerca del cercado del pastizal. Aparentemente, "salir de la calle principal" significaba abandonar completamente los caminos. El carro que él estaba arrastrando chocó y se estremeció a lo largo del suelo desnivelado.

—Chicos de ciudad —murmuró Fran indignada. Le dio una palmadita a Rabbit al lado de su cuello. El gran semental resopló, sonando muchísimo al que su señora había dado solo unos momentos antes—. Vamos, cielo. Vamos a alcanzar al gran, tonto cazador de monstruos antes de que lo pierda de vista. —Rabbit resopló de nuevo y salió a correr. Fran se rió, incapaz de ayudarse a sí misma, y juntos, la cargaron a través de los verdes campos de Buckley hacia su destino.

Si Buckley no hubiera sido lo que Fran esperaba, la casa Healy era aún menos precisa que la imagen que había construido por sí misma. Esto era fácilmente tres plantas de alta, pintada de un discreto color marrón con moldura verde, y casi parecía combinar con los árboles que la rodeaban. Había un granero grande, y una construcción anexa más pequeña, ambos igualmente rodeados por los árboles. Una sonriente mujer canosa en vaqueros azules y una camisa de franela estaba bajando

²**Alazán:** Color rojizo. En el libro hace referencia a un caballo de este color.

los escalones del porche mientras Fran llegaba a la tierra compactada que conducía al frente de la casa. Jonathan ya estaba allí, deslizándose de su caballo, sólo haciendo una pequeña mueca de dolor mientras tocaba el suelo.

—¡Johnny! —dijo la mujer, antes de tomarlo en un grande y apretado abrazo—. ¿No eres un regalo para la vista? ¡Y yo, muy preocupada cuando no regresaste aquí hace semanas! —Su acento no era como nada que Fran hubiera escuchado antes, muy medio británico y medio algo que lograba ser rasposo y suave al mismo tiempo.

—Hola, mamá —dijo Jonathan, y abrazó a la mujer de vuelta—. Nos topamos con un pequeño problema a lo largo del camino. En el límite de los diablillos y los basiliscos y demás.

—¡Debes estar exhausto! Y hueles a carretera, Johnny, necesitas conseguir asearte. —La mujer, Enid, la madre de Jonathan, lo empujó fuera de sus brazos, dándole un crítico vistazo.

—Estas muy delgado, y tu pelo desea un corte. ¿Y dónde has conseguido este caballo? ¿Jonathan Healy, robaste un caballo? —sonaba satisfecha por la idea.

—Sólo en el sentido que lo liberé con anterioridad de un tren con destino al infierno después que en el límite los diablillos se comieran a su propietario original. Es muy buen caballo. Sin saber su nombre original, lo he estado llamando 'Railroad', después de que lo conseguí. Parece que le gusta bastante. —El semental castrado bajó la cabeza y comenzó a cortar pasivamente la hierba en el borde de la calzada.

—Bien, entonces, supongo que tenemos un caballo ahora, ¿verdad? —Enid abruptamente dejó ir a su hijo y giró hacia Fran, que aún estaba sentada a horcajadas sobre Rabbit. Fran hizo su mejor esfuerzo de mantener su cabeza en alto mientras los ojos veteranos de la mujer se deslizaron sobre ella, de alguna manera logrando echar una rápida mirada que se sentía como una minuciosa inspección. Finalmente, Enid dijo: —Si vienes de allí, estaré encantada de darte la mano y agradecerte por conseguir que nuestro Johnny vuelva a casa en una pieza. Todos sabemos que él no tiene el sentido que Dios le dio a las pequeñas manzanas verdes. Él habría logrado dejarse llevar estudiando alguna cosa de dientes, y no toma en cuenta que el algo estaba aún unido a ellos.

—¡Madre! —protestó Jonathan.

—No me repliques, sabes que es cierto —dijo Enid implacablemente. Alzó una ceja hacia Fran, quien no se había movido.

—¿Y bien? ¿No quieres darme la mano?

Fran bajó de su caballo tan rápido que sólo un truco de montaje usado toda la vida la salvó de torcerse un tobillo.

—No, señora —dijo—. Quiero decir, sí, señora. Es un placer conocerla, señora. —Ella sacó su mano.

—Soy Enid Healy, la mamá de Johnny. ¿Tienes un nombre, o debo llamarte sólo "la chica que trajo a Johnny a casa"? —preguntó Enid, tomando la mano de Fran.

Su apretón fue más fuerte de lo que Fran había esperado, y sus dedos eran callosos de una forma familiar: ésta mujer, con su acolchado cabello gris-rubio y sus penetrantes ojos azules, eran un arma.

—Soy... —Fran empezó, y se congeló, sin estar segura de como continuar.

—Ésta es Frances Brown, Madre —dijo Jonathan. —Ella era la estrella de atracción de Campbell Family Circus³, y como éste fue comprensiblemente cerrado por mis actividades en Arizona, pensé en traerla a conocer la casa conmigo para que puedas agradecerle apropiadamente por salvar mi vida.

—Por "comprensiblemente cerrado" pienso que quiso decir que el hombre que dirigía el show acabó muerto después de que matamos su gigante gato-serpiente —dijo Fran, finalmente reclamando la mano de Enid—. Puede llamarme Fran, señora, o Frannie, si eso le viene mejor. Es un placer conocerla.

—¿Por "gato-serpiente" te refieres a la Bestia de América del Norte⁴? —preguntó Enid, medio volteándose hacia Jonathan para confirmar.

Él asintió.

—Ese es un precioso espécimen. Johnny, pienso que tienes que estar satisfecho con lo que tu padre fue capaz de hacer, sabia preservación.

³**Campbell Family Circus:** Circo de la Familia Campbell.

⁴**La bestia de América del Norte:** O la *Noth American Questing Bestia* lo describen como el cuerpo de un puma, con la cabeza y la cola de una serpiente de cascabel

Jonathan asintió, mirando brevemente apaleado.

—Realmente esperaba que nuestro viaje sería lo suficientemente corto para asistirme en la taxidermia —dijo—. Ah, bueno. No todas las cosas están destinadas a ser.

—Hemos salvado todos los órganos, y las glándulas venenosas, que son totalmente impresionantes. Pienso que podemos descubrir mucho sobre la Bestia, en general, a partir del estudio de ésta. ¿Quizás la próxima vez, podrás traerla viva? —dijo Enid. Guiñó un ojo, dejando claro que ella estaba bromeando.

Jonathan aún se estremecía.

—Gracias, madre pero no. ¿Te importa si le muestro a Fran dónde está el establo para los caballos, por el momento?

—No para nada, eso va a darme tiempo para preparar una de las habitaciones de invitados para ella —dijo Enid—. Voy a poner algunas toallas para ustedes, por lo tanto pueden asearse antes de cenar. Tenemos agua corriente, querida —añadió, como una acotación aparte para Fran—. Tenemos éstas instalaciones desde el pasado invierno, hechas por un encantador caballero de el municipio de aguas quien nos debía un favor.

—Las brujas del pantano, están excesivamente encariñadas al sistema séptico —dijo Jonathan misteriosamente.

Fran sólo pestañeó.

Compadeciéndose, Enid sonrió hacia la chica.

—Voy a dejarlos por ahora —dijo.

—Johnny, es bueno tenerte en casa. Estoy segura que tu padre estará encantado de verte. Voy a poner un pastel de carne para la cena, sólo para celebrar. —Besó a su hijo en la mejilla y se marchó, apresurándose de nuevo al porche a pasos tan rápidos que el polvo estaba todavía revuelto desde sus pasos cuando la puerta se cerró de golpe detrás de ella.

Fran miró con inquietud hacia Jonathan.

—Tu madre no es para nada como esperaba —dijo.

—¿No es maravillosa? —Sonrió Jonathan.

—Vamos al establo antes de que despertemos a los ratones. —Él desenganchó el carro de ferrocarril mientras miraba hacia los árboles que rodeaban la casa, en busca de todo el mundo, como lobos agazapándose sobre sus presas. Su sonrisa se amplió—. Dios, es bueno estar en casa.

No había nada que Fran pudiera decir a eso, y entonces ella no dijo nada de nada.

Sólo miró el conejo ir delante y siguió a Jonathan hacia el granero.

—¿Estás seguro de que ellos van a estar bien aquí? —preguntó Fran, cuando caminaban atravesando el ancho jardín trasero de la casa. No podía parar de mirar de lado nerviosamente hacia atrás al granero. El conejo y el carro del ferrocarril tenían su propio puesto, con agua limpia, y heno fresco, y una sustancial ración de avena. Eso no era lo que la ponía tan incómoda.

—Todo en el granero aparte de los caballos está muerto, te lo juro.

Y ese era el problema. La mayor parte del granero, con excepción de unos pocos puestos abiertos en el frente, estaba lleno hasta una cuarta parte con taxidermia. No justo del tipo normal. Fran no estaba demasiado encariñada a los hombres quienes piensan que disparar a osos y después rellenarlos para que parecieran feroces asesinos era una buena idea, pero al menos eso era *normal*. No, éstos eran todos jackalopes⁵ y venados sin sus pieles reales y cosas que lucen como de alguien que ha machacado un pollo y un Monstruo de Gila⁶ juntos sólo por diversión. Si esto era la definición local de "diversión," ella no estaba segura de querer formar parte de eso.

—Esto no está bien, tener mucho material muerto en los caballos —dijo Fran.

—Nosotros no hemos tenido caballos aquí por bastante tiempo, por lo que el granero ha sido reutilizado como espacio de almacenamiento, me temo —dijo

⁵**Jackalope:** o *lebrílope* Es un animal originario de Estados Unidos, que parece un cruce entre una liebre y un antílope o ciervo.

⁶**El monstruo de Gila:** (*Heloderma suspectum*) es un lagarto venenoso propio de las regiones áridas y cálidas del extremo norte de México y del suroeste de los Estados Unidos.

Jonathan—. No podemos vaciar toda la taxidermia, pero podemos probablemente mover algo de esto, si sinceramente molesta a los caballos.

Fran consideró por un momento antes de preguntar: —¿Cuando dices "mover algo de esto", quieres decir dentro de la casa, ¿No es cierto?

—Bueno, sí. —Ellos habían llegado a la carretilla para equipaje. Jonathan se inclinó para tomar una de las manillas. Sin ser pedido, Fran hizo lo mismo—. Esos son importantes especímenes científicos. Algunos de ellos representan criaturas que no han sido vistas en décadas. Generaciones, incluso. Tienen que ser preservadas.

—Tú sabes, para alguien que dice que es un aficionado a los monstruos cuando están vivos, estás seguro de guardar muchos de ellos muertos alrededor.

—No los matamos todos nosotros mismos —dijo Jonathan. Él se detuvo en el frente del porche, desde la carretilla no podíamos exactamente rodar por las escalones—. Nosotros incluso no matamos a la mayoría de ellos. Tristemente, muchos que descubrimos, los descubrimos desde la muerte. Las ciencias biológicas son disciplinas en gran parte construidas en tumbas.

—Eso es morboso, chico de ciudad —dijo Fran, recogiendo su valija.

—Nunca aseguré que no lo fuera —Jonathan recogió su propia valija, abriendo la tapa para revelar las acurrucadas formas de unos dormidos ratones Aeslin⁷—. Despierten, ustedes. Estamos en casa.

Uno de ellos elevó su cabeza, bostezando anchamente antes de chillar.

—¿De verdad?

—De verdad. Ahora levántense todos. Los llevaré al ático en un momento.

Jonathan cerró la valija y la recogió. Ovociones sordas empezaban a filtrarse de dentro.

—De acuerdo, pues. Aquí vamos.

⁷**Aeslin ratón:** Nombre científico *Apodemus sapiens* significa, literalmente, "el ratón de pensar". Este puede ser distinguido del ratón de campo común por las patas delanteras más desarrolladas, y por su tendencia a vestirse con ropa y joyas de moda a partir de huesos, trozos de tela, y las cosas que ha logrado robar de la cocina cajón de basura.

Fran tomo un profundo respiro.

—Después de ti —ella dijo, esperando que él no oyera el temblar en su voz. Ella enderezó sus hombros como si estuviera a un paso de entrar a la pista central del circo, y dejó a Jonathan dirigirse dentro de la casa.

El interior de la casa de los Healy era mucho menos de lo que Fran *había* esperado. Ella no podía decir exactamente qué estaba esperando, pero no este orden, residiendo en la habitación principal. El piso era de madera, desgastado por los años de pisadas y cubierta en el centro de la habitación por un tejido felpudo. El sillón y las dos sillas se veían como si hubieran sido reparadas varias veces, y estanterías alineadas en cada pedacito de pared disponible que no estaba tomada con pequeñas piezas de taxidermia o armas cuidadosamente colgadas.

Fran miró alrededor por un momento, consciente de que Jonathan estaba esperando su reacción.

Finalmente, ella dijo:

—¿No tienes mucha compañía aquí, verdad?

—Hacemos lo mejor para desalentar visitantes —él dijo, sonando aliviado—. Nosotros siempre terminamos de empaquetar la mitad de la parte delantera de la recepción cuando sabemos que alguien va a venir. Vamos, voy a mostrarte tu habitación—. Con la valija aún en mano, él empezó a subir las escaleras. Fran se tragó su corazón, el cual parecía haber ascendido todo el camino a su garganta, y empezó después de él.

La barandilla era tan suave como la madera del carrusel de caballos de vuelta en el carnaval, que había sido tallada con mucho amor, y engrasada por tantas manos, que ellos nunca podrían dejar una astilla en dedos desprevenidos. Fran apretó éste con más firmeza de lo necesario como para subir las escaleras, sintiéndose más afuera de su elemento con cada paso que daba. Esto no era donde ella se suponía debía estar.

Esto no era donde ella *pertenecía*. Pero era donde ella estaba, y realmente, ¿Qué otra opción le quedaba? Ella había dejado Arizona con un hombre que apenas conocía, todo porque se parecía a un monstruo y vio un milagro, un milagro que estaba a punto de comerlos, pero un milagro a pesar de todo. Los ratones parlantes no podían herirla. ¿Cómo podía ella quedarse atrás, cuando ahí estaban cosas como esa en el mundo?

Y al mismo tiempo... ella y Jonathan habían pasado a través de meses y meses de viaje, viviendo en un mundo hecho de trenes, graneros y hospedaje en casas. No era muy diferente a la vida que ella había conocido siempre. Lo único que faltaba era el maquillaje teatral. Pero esto era diferente. Ésta era una casa que parecía haber crecido de la selva que la rodea, paquete completo de ideas e ideales de una familia de la que ella no era parte.

Jonathan puso su valija en lo alto de las escaleras, ratones y todo.

—Tú habitación es por este camino —dijo y caminó una corta distancia al final del pasillo para abrir la puerta—. El baño es al final del pasillo, y puedes tomar la primera ducha mientras llevo los ratones al ático. Ya debe toallas listas ahí. ¿Hay aquí algo más que pueda traer por ti?

Sí, pensó Fran. Un desierto, y un cielo lo suficientemente grande para perderme en él, y un circo que esté dispuesto a tomarme.

— No —ella dijo en voz alta—. Debo estar bien con lo que tengo, y si no lo estoy, puedo improvisar

—Estarás bien así —dijo Jonathan, con una pequeña sonrisa—. Bienvenida a Buckley, Fran.

—Muchas gracias, chico de ciudad —ella dijo, caminando más allá de él dentro del cuarto de invitados que había sido preparado para que ella lo use, y cerró la puerta.

La habitación era pequeña, funcional, y afortunadamente libre de cosas muertas, aunque había un hacha montada en la pared junto a la cama. Fran se ocupó a sí misma tratando de pensar en emergencias en el dormitorio que podrían requerir la aplicación inmediata de un hacha mientras deshacía su bolsa en una sola cómoda de la habitación, que era tan pequeña y funcional, como todo lo demás. Bueno, todo lo demás excepto por el hacha, que probablemente era funcional, pero no era para nada lo que ella llamaría "pequeño".

Hurgó entre su ropa hasta que encontró una camisa y un pantalón que no estuvieran demasiado manchados por sus meses en la calle. Una revisión rápida del vestíbulo mostró que no había nadie, por lo que se dirigió rápidamente a la habitación que Jonathan había indicado, donde la ducha estaba esperando.

La ducha era bastante nueva que no tenía mucha experiencia con ella, y terminó

con lo que parecía era agua helada, después de su tercer intento de hacer funcionar el grifo de agua caliente, lo que la dejó sintiéndose como si hubiera estado hervida. Incluso fría, el agua era refrescante, y era sin duda agradable estar limpia. Para el momento en que terminó, estaba empezando a sentirse como si pudiera sobrevivir a los Healy.

Esa sensación duró lo suficiente para que ella se secara con la toalla, se pusiera su ropa y secara su pelo lo suficientemente para poner un pasador en su cabeza con rizos bien cuidados. Luego abrió la puerta del baño para encontrar a Enid Healy allí de pie, esperando.

Fran saltó. Enid no.

—Tengo el almuerzo en la mesa, y Alexander, ése es el padre de Johnny, está de camino a casa de la biblioteca —dijo Enid, dando una rápida mirada al pelo de Fran, la cual Fran no podía dejar de tomar como crítica—. No es mucho, ya que no sabía que sería un día con visitas, pero será algo para tu estómago, y estaríamos agradecidos si vinieras abajo y te unieras a nosotros.

—Sí, señora —dijo Fran, abrazando sus ropas sucias en su pecho—. Sólo déjeme dejar esto... —Llamarla "su habitación" parecía demasiado presuntuoso. Se tambaleó por un momento y luego dijo—: ... con el resto de mi ropa.

—Si traes todo lo que está sucio o quieres coser algo, puedo encargarme de que todo esté limpio y reparado —dijo Enid.

Los ojos de Fran se agrandaron.

—Oh, no. No podría pedirle...

—¿Quién dijo que yo lo estaría haciendo? Ese es el trabajo de Alex. —Enid sonrió antes de dar vuelta y dirigirse a las escaleras, dejando a Fran parpadeando desconcertada en la habitación que no era de ella, donde estaría durmiendo. Ya era hora del almuerzo.

Que Dios la ayudara.

La casa Healy no tenía comedor, o más bien, lo tenía, pero el comedor había sido desde hace mucho tiempo convertido en biblioteca, y todas las comidas eran en un acogedor tablón blanco de la cocina, donde el azulejo, astillado y desgastado como

estaba, había sido claramente re-empastado en forma anual durante al menos una década. No había superficie alguna en la habitación que no pareciera lo suficientemente limpia para comer, incluyendo la mesa, que casi crujía bajo una variedad de lonchas de queso, pan y una cacerola llena de algo que parecía puré de patatas y olía a carne asada.

Enid estaba en el mostrador, revolviendo una jarra de limonada con una cuchara larga de madera, y Jonathan no estaba a la vista. Fran se detuvo en el umbral.

—Él ya vendrá —dijo Enid, sin levantar la vista—. Yo lo crié lo suficientemente educado para cederte la primera ducha, pero el chico tiene que lavarse las manos y la cara antes de dejar que haga cualquier cosa en mi cocina.

—Sí, señora —dijo Fran—. ¿Hay algo que pueda hacer para ayudar?

—No tenemos el hábito de que nuestros huéspedes trabajen, pero gracias por la oferta.

Enid lamió la cuchara, asintió con la cabeza y la dejó caer en el fregadero antes de llevar la jarra sobre la mesa.

—Siéntate. Come algo. Podría hacer las tablas de multiplicar en tus costillas, y eso es algo terrible.

—Sí, señora —dijo Fran otra vez, y tomó asiento.

Apenas se había acomodado en su asiento cuando la puerta trasera se abrió de golpe y un larguirucho y canoso hombre irrumpió en la habitación, exigiendo, en un rugido; —¿Dónde está? ¿Dónde...?

Se detuvo, reparando en Fran.

—¡Oh!

—Alex, ella es Fran, Johnny... —Enid volteó para indicar a Frances y se detuvo, haciendo eco en el reparo de su esposo—. Bien, entonces.

Fran estaba de pie —no recordaba haberse movido, pero eso no importaba, porque después de tres meses en el camino con Jonathan el imán de problemas, ruidos repentinos significaban "prepara los cuchillos" no "espera a ver qué está pasando" —con un cuchillo de lanzamiento en su mano, listo para ser arrojado al hombre que, apenas se daba cuenta, era probablemente el padre de Jonathan.

—Er... —dijo con un hilo de voz. Con un movimiento de muñeca hizo desaparecer el cuchillo de vuelta en los hoyos de su playera—. Lo siento, ha sido un largo viaje desde Tempe hasta aquí y me ha asustado. Lo siento, señor.

—Está todo bien, señorita Fran ¿cierto? —Como Enid, Alexander tenía un acento bastante fuerte. A diferencia de Enid, el suyo era familiar, el tipo de arenoso británico que Fran había escuchado de más que sus espectadores y dandis—. Debí haber considerado que podrías estar raída de tus viajes, especialmente considerando cómo empezaron con la bestia de América del Norte. Es ese el tipo de cosa que puede poner a cualquiera al filo. Soy Alexander Healy. Es un gusto conocerte.

—Sí, señor —dijo Fran, con las mejillas ardiendo.

El sonido de pasos en las escaleras la salvó de tener que pensar en qué decir, y Jonathan, usando una playera limpia y las manos recién lavadas, apareció en la puerta, una sonrisa amplia en su rostro.

—¡Padre! —dijo, alegremente, arrojándose a los brazos del hombre ligeramente más alto y mayor. Alexander rió, abrazando a su hijo.

Enid pasó calmadamente al par y caminó para sentarse en la mesa.

—Come —le ordenó a Fran—. Nunca escucharé el resto si dejas a un invitado en mi casa ser llevada por el viento frío.

—Sí, señora —murmuró Fran, hundiéndose de nuevo en su asiento.

—Deja de molestar a Fran, madre —dijo Jonathan, separándose de Alexander—. Estás tomando bastante parte. Ella puede necesitar un poco de tiempo para acostumbrarse.

Fran estaba tan agradecida por haber sido salvada como enfurecida por el hecho de haber sido necesario. ¡Ella era la estrella del Campbell Family Circus! ¡Era la mujer que había derribado a un puma-serpiente con la mano llena de cuchillos! No debería necesitar ser salvada de personas perfectamente normales. Pero lo hizo. Nada en Michigan era como ella había esperado que lo fuera, y eso estaba frotando en sus nervios hasta que se sintió tan nerviosa como un gato en ladrillos calientes.

Alexander tomó una silla y se sentó frente a la mesa, buscando el pastel de carne antes de haberse sentado completamente. Eso pareció ser la señal para Jonathan y Enid para comenzar de igual manera. Ninguno dio las gracias. Tal vez pensaban

que no tenían que hacerlo, con los ratones para hacerlo por ellos. Fran agacho la cabeza y murmuró rápidamente las gracias por la comida antes de tomar un plato de pastel de carne y rebanadas de queso de Enid.

El almuerzo fue un asunto silencioso para Fran, y una animada reunión para Jonathan y sus padres. Ninguno de ellos pareció notar su incomodidad. Cuando terminó su comida, se levantó, puso su plato en el fregadero, y se encaminó a las escaleras.

Nadie dijo nada, nadie la detuvo. Nadie la vio irse siquiera.

Fran estaba sentada en la orilla de su cama, tratando de decidir si podía empacar sus cosas y salir del establo antes de que alguien la viera, cuando escuchó una pequeña garganta siendo aclarada consideradamente a sus pies. Ella vio hacia abajo.

El ratón la vio hacia arriba.

—Bien, hola ahí —dijo Fran—. Supongo que eres uno de los ratones hablantes, ya que los ratones normales no se sientan tan gentil y cortésmente cuando vienen a visitar a una chica en su cuarto. ¿Qué puedo hacer por ti?

—Hail, Sacerdotisa de la Violencia Inesperada —dijo el ratón, aun respetuosamente—. Me han enviado en un recado de gran importancia. ¿Se me permite solicitar una audiencia?

—No puedo negarme, cuando me lo pides tan agradablemente. —Fran se inclinó hacia adelante, quedando un poco más cerca del ratón—. Quieres una audiencia, es tuya.

—Verdaderamente, eres tan generosa como violenta —dijo el ratón. La consideración se convertía en asombro.

Fran alzó una ceja.

—No sé de “eso”. ¿Hay un punto, amiguito, o sólo quieres tener una vista de la divertida dama de Arizona?”

—Me han enviado a preguntar por tu asistencia a nuestro rito sagrado de la reunión —chilló el ratón—. Es un Honor raramente otorgado, pero el sacerdote que guió la jornada al distante Oeste testifica tus muchos rescates de la colonia, estaríamos honrados más allá de la medida si asistieras.

Fran consideró la petición del ratón por un momento antes de encogerse de hombros e inclinarse más, ofreciendo una mano al ratón para que se subiera.

—Oh, ¿por qué demonios no? Me gustaría ver una de estas grandes fiestas de ratones antes de regresar al oeste. Solo dime a dónde ir, e iré ahí.

El ratón subió a la mano de Fran y proclamó alegremente:

—¡Alabe la Sacerdotisa de Inesperada Violencia!

Con angustia, Fran supo que iba a extrañar a los ratones más de lo que había creído posible. Reflexionó sobre ese pensamiento mientras el ratón en su mano la dirigía fuera de la habitación, por una pequeña puerta al final del pasillo, y finalmente por una escalera vieja de madera hacia el ático.

Había una trampilla al final de la escalera. Fran pasó el ratón a su hombro, abrió la trampilla y se detuvo, los ojos grandes mientras intentaba entender la escena frente a ella.

El ático de la casa Healy era una sola sala grande, del mismo tamaño del piso superior. Pero a diferencia de la mayoría de áticos, los cuales estaban llenos de cajas viejas y cosas de las que sería mejor deshacerse, este ático estaba lleno de... ratones.

Ratones, su diminuta ciudad de ratones, hecha de pajareras, casas de muñecas y cajas de sombreros, todos decorados con algún diminuto detalle que solo los residentes consideraban. Incluso había una calle, pavimentada cuidadosamente con centavos y peniques, diminutas luces equipadas con lo que parecía candelas de cumpleaños.

—Oh, mi cielo... —susurró Fran.

Ésa era la señal de cada ratón en el ático —debían haber por lo menos cien; la habilidad de Fran para calcular el número de ratones en una sala se rindió después de las primeras 85029748 docenas— para empezar a gritar animadamente. Todos sabía su nombre, o por lo menos el título que los ratones le habían cedido de regreso en Arizona, y tener todos esos diminutos roedores gritando: “¡ALABE! ¡ALABE LA SACERDOTISA DE INESPERADA VIOLENCIA!” era definitivamente una de las experiencias más raras en la vida de Fran, la cual estaba cada vez más llena de experiencias extrañas.

El ratón en su hombro bajó corriendo por su brazo y se unió a la multitud. Eso sacó a Fran de su ensimismamiento.

—Un placer conocerlos a todos —dijo, y terminó de subir al ático.

En cuanto traspasó la trampilla, se sentó sobre ésta, en teoría de que al menos de esa forma, no estaría destruyendo la ciudad de los ratones.

Los ratones gritaron: “¡ALABADA!” un poco más, solo para asegurarse que ella entendía el punto, empezaron el largo y complicado proceso de darle la bienvenida a los ratones que habían ido a Arizona con Jonathan y estaban de regreso en la colonia.

Se intercambiaron regalos. Se recitaron versos. Pequeños fragmentos del viaje se recrearon. Para cuando los ratones empezaron a componer un himno para la Bestia de la Búsqueda, los párpados de Fran empezaron a pesar. Para cuando terminaron de contar la historia del tren del infierno, ella se había hundido en el suelo, su brazo como una almohada bajo su cabeza y estuvo muerta para el mundo.

Los ratones terminaron su ritual y arrastraron la manta desde el pasillo, cientos de ellos trabajando juntos para cubrirla. Parecía lo menos que podían hacer. Mientras la celebración después del ritual terminaba, Frances Brown durmió.

El ático estaba en silencio cuando Fran finalmente despertó. Los ratones se habían ido mucho antes a hacer lo que fuera que hicieran los Aeslin cuando no estaban enfrascados en observaciones religiosas. Fran no estaba segura lo que podía ser eso, y después de unos momentos de consideración, decidió que éste no era el momento apropiado para preguntar. Le habían dado el regalo de su confianza; eso era suficiente.

Se sentó, botando la manta de sus hombros y atrapándola antes de que tocara el suelo.

—Qué demon... oh.

Las lágrimas cubrieron sus ojos. Se cubrió la boca con una mano, mirando la fina manta de lana con que los ratones la habían cubierto. Enid había sido perfectamente hospitalaria, todo tomado en consideración, pero nada que ella había hecho había provocado que Fran se sintiera ni la mitad de bienvenida como esa ordinaria pieza de tela.

Ella extrañaría a los ratones. De verdad lo haría.

—Gracias —susurró y dobló la manta limpiamente antes de quitarse de la trampa, abrirla y salir por la escalera de regreso al pasillo.

Pudo escuchar voces subir por las escaleras en cuanto salió del ático.

Moviéndose tan silenciosamente como pudo, llegó hasta los primeros escalones y se sujetó de la barandilla, inclinándose para escuchar.

— ...Pensar todo esto, Johnny, eso es todo. ¿Realmente qué sabes de esta chica? Sé que te ayudó en Arizona, pero pudiste haberle pagado justamente por sus servicios y regresar a casa, sin arrastrarla por todo el país. —La voz de Enid.

—Estaré maldito, Madre, y necesito otro par de manos. ¿A menos que quieras que viaje indefenso? —Jonathan.

—Entonces pudiste haberte quedado en Tempe mientras te recuperabas y regresar a casa cuando estuvieras seguro de que estabas bien. —Esta vez era Alexander—. Tu madre tiene razón, no creo que pensaras en todo esto.

—Te aseguro, Padre, consideraré *todas* mis opciones antes de pedirle que viniera a casa conmigo. Nunca he sido de tomar decisiones apresuradas. ¿Por qué asumen que eso ha cambiado?

—Porque esta es la primera vez que has traído alguien a casa, Johnny. —Enid sonaba frustrada—. Tienes que entender que eso cambia las cosas. Eso... no es justo para ella, ¿o sí? ¿Entendía realmente en que la estabas metiendo?

—Ella es quien mató a la Bestia de la Búsqueda, así que sí, asumo que sabía qué hacía cuando aceptó seguirme por el país —dijo Jonathan rígidamente.

—Tendrás que hablar con ella, hijo —dijo Alexander—. Necesita entender...

—Lo haré —dijo Jonathan—. Si así es como van a ser las cosas, entonces lamento haberla traído aquí. Debí haber pasado más tiempo explicándole.

Eso era todo lo que Fran necesitaba escuchar. Bajó las escaleras sin intentar ocultar sus pisadas. Los tres Healy estaban en el salón frontal. Bien. La salvaban de tener que ir a buscarlos.

—No hay necesidad de contarme nada, chico de ciudad —ella dijo, manteniendo su barbilla en alto—. Dormiré aquí esta noche, para recuperar fuerzas, y luego me

iré a Arizona en la mañana. Gracias por su hospitalidad. No abusaré de ella. Ahora, si me disculpan, iré a ver mi caballo.

Ella giró sobre sus tacones —no lo suficientemente rápido para evitar ver la expresión dolida en el rostro de Jonathan, pero lo suficientemente rápido como para pretender que no la había visto— y caminó con fuerza por la puerta delantera. Cerró la puerta de golpe detrás de ella. De alguna forma, eso no la hizo sentir mejor.

Fran estaban junto a Rabbit, pasando su cepillo metódicamente por su cuello, cuando escuchó pisadas en el frente del granero. No eran de Johnny. No fue hasta ese momento que supo que conocía sus pisadas lo suficientemente bien como para poder diferenciarlas en una multitud. Suspiró un poco y continuó cepillando su caballo.

—No me impondré y no me disculparé, —ella dijo, sin girarse—. Puedo dormir aquí fuera esta noche, si gusta. Me iré en la mañana.

—Creo que Johnny estaría un poco molesto si se va —dijo Enid.

Caminó hacia la caseta, pero no entró, se quedó como a un metro para observar a Fran y Rabbit

—Es un hermoso caballo. No recuerdo haber dicho eso antes. ¿Qué es, un Appaloosa⁸?

—Sí —confirmó Fran a regañadientes—. Yo lo crié desde que era un potro. Era todo piernas y obstinado cuando lo obtuve.

—No hay duda de por qué la quiere tanto —dijo Enid, con una pequeña sonrisa que rápidamente se desvaneció—. Fran, Frances, siento que hayamos empezado con el pie equivocado.

—No, señora. Seguro cree que soy algún tipo de mujer fácil que Johnny arrastró a casa desde el malo y sin ley oeste del que todos hablan, o cree que no tengo idea de qué tipo de vida lleva, o quizás ambas.

⁸ **Caballo Appaloosa:** o Apalusa, caballo criado según las normas de una asociación fundada en Idaho. Su principal característica es su pelaje pintado.

Fran continuó pasando el cepillo por el cuello de Rabbit, forzando sus ojos a que se mantuvieran en su trabajo.

—Reconozco que hay un poco de “no lo suficientemente buena para mi hijo” ahí, que no ayuda mucho, aunque él ha hecho tantos movimientos conmigo como con un poste. Lo crió con grandes modales. Debería estar orgullosa.

—Lo estoy —dijo Enid suavemente—. Pero de lo que no estoy orgullosa es que él la conoció y la trajo aquí tan rápidamente. Intentamos protegerla, Fran, no castigarla... y le aseguro, si mi Johnny tiene el sentido que Dios le dio a las pequeñas manzanas verdes, él ha estado haciendo movimientos románticos con usted desde que la conoció. Es más que suficientemente buena para mi hijo. Solo temo que él no sea bueno para usted.

Por primera vez, Fran levantó la vista.

—¿Cuánto sentido es eso, de todas formas? —ella preguntó.

Enid parpadeó.

—¿Qué quiere decir?

—Esa es la segunda vez que opina sobre Dios dando sentido a las pequeñas manzanas verdes. ¿Cuánto les dio? ¿Había alguna razón particular para que la necesitaran?

—Cuánto eso sea, él no le dio a Johnny ni la mitad de eso —dijo Enid. Ella se acercó a la caseta del establo, apoyándose sobre la puerta—. ¿Le dijo quiénes somos... qué somos? ¿Le contó sobre el Pacto?

—¿Quiere decir la banda de tipos molestos que los quiere muertos por traición y sobre estar siempre rodeados de ratones parlantes? Sí, me dijo sobre ellos. Imagino que son una excusa para mantener cuchillos extra a mano. No veo que sean algo sobre qué preocuparse.

Por un momento, Enid solo parpadeó. Luego, sonando ligeramente desconcertada, rió.

—Puedo ver por qué Johnny está tan ensimismado con usted. Pero Fran... el Pacto aún nos vigila. Si deciden que usted se está uniendo con nosotros en contra de ellos, no la dejarán caminar nunca más. ¿Lo entiende? Puede que ya sea muy tarde.

—Señora. —Fran soltó con cuidado la escobilla de limpieza—. No vine aquí porque no tenía otro lugar a donde ir, sin importa lo que Johnny piense. Era la Flor de Arizona. Conejo y yo, podríamos haber tenido nuestros propios boletos en cualquier rodeo o espectáculo nómade en cuatro Estados. Vine porque quería saber más. Él me mostró un mundo que nunca había visto realmente antes, y yo quería saber todo lo que había que saber sobre éste. No estoy aquí por caridad. Estoy aquí por curiosidad. Creo que soy lo suficientemente mayor como para ponerme en peligro si eso es lo que quiero hacer.

—Fran...

Fran prosiguió.

—Y tiene razón acerca de su hijo. Él puede ser un Cazador de Monstruos brillante, pero él habría estado muerto una docena de veces sin mí. El chico no tiene sentido en absoluto cuando se trata de peligro.

Ella hizo una pausa.

—Pero para ser justos, él me salvó casi tantas veces como yo a él.

Enid inclinó la cabeza.

—¿Y todavía quieres estar aquí?

—¿Usted no? —preguntó Fran.

Hubo una pausa mientras Enid consideraba qué decir a continuación. Por último, preguntó:

—¿Estás preparada para un paseo?

Fran frunció el ceño.

—¿Señora?

—Hay algo que quiero mostrarte.

Enid hizo señas para que Fran a saliera del establo.

—Dijiste que la curiosidad te trajo aquí. Bueno, ven conmigo, y si todavía quieres irte después de que regresemos, te ayudaré a hacer las maletas.

Si se trataba de un truco, era uno bueno. Fran lo consideró por un momento antes de que ella se encogiera de hombros y tomara la puerta del establo.

— Está bien — dijo —. No es como si fuera un riesgo para mí seguirte.

Enid se limitó a sonreír.

Jonathan y Alexander estaban en la ventana de la cocina, viendo mientras Enid llevaba a Fran por el patio hacia los árboles. Alexander puso su mano sobre el hombro de su hijo.

— Todo estará bien — dijo —. Tu madre sabe cómo manejar este tipo de cosas.

— Eso espero — dijo Jonathan tristemente—. No quiero que se vaya. No de esta forma.

Alexander, quien reconoció los signos de mal de amores en su hijo, aunque Jonathan no podía reconocerlo a sí mismo, se limitó a sonreír.

— No dijiste que estaríamos caminando por el bosque — se quejó Fran, después de que hubieran caminado a través del primer cuarto de milla más o menos de los árboles —. ¿En algún momento se acaban?

— Sí, pero por lo general terminan en el pantano, o en el patio de otra persona, por lo que tratamos de evitar las zonas de la selva — dijo Enid. Ella se detuvo, indicando a Fran a hacer lo mismo, y ladeó la cabeza, escuchando. Luego sonrió—. Muy bien... este camino.

— Ya sabe, ya dije que me iría — dijo Fran—. No hay necesidad de llevarme al bosque donde puede deshacerse de mi cuerpo.

— Es cierto — concordó Enid—. No habría necesidad de tener que salir al bosque en el que podría deshacerme de tu cuerpo. Tenemos un montón de lejía⁹ en casa. Ahora vamos.

Ella comenzó a caminar de nuevo, esta vez más rápido. Fran, que estaba del todo insegura que podría salir de los bosques por su cuenta, la siguió.

⁹

Lejía:

Sustancia

toxica.

Caminaron hasta que llegaron a un angosto arroyo deslizándose través de los árboles. Enid se detuvo de nuevo, sonriendo alegremente.

— ¿Oyes eso?

— ¿Oír qué?

— Sólo escucha.

Fran suspiró y trató de escuchar.

— Oigo el agua. El crujir de las hojas entre sí. Una tipo de rana, tal vez. Pájaros...

— No es una rana — dijo Enid, y le hizo señas más cerca de uno de los árboles, apoyándose en sus dedos de los pies mientras apuntaba hacia algo en una de las ramas más bajas — . Mira.

Fran miró. Luego frunció el ceño. Entonces preguntó:

— ¿Qué demonios es eso?

— “Eso” era una rana pequeña, no más de cuatro pulgadas de largo, cubierta de plumas de color marrón y gris, como un gorrión.

Su garganta estaba pulsando suavemente mientras continuaba haciendo algún otro graznido-piar que Fran había estado escuchando desde que entraron en el bosque. Veía a las dos mujeres sin signos de miedo, los cuatro pies con pegajosos dedos extendidos para agarrar la rama sobre la que se alzaba.

— Ésa es una Anuraves — dijo Enid. Sonaba extrañamente orgullosa, como si hubiera inventado la ranita de plumas con el único fin de presentarla a Frances Brown como prueba de que la vida del Cazador de Monstruos no era del todo mala.

— ¿En serio? — Fran levantó la cabeza y miró a Enid — . Viste a una pequeña criatura linda como ésta y pensaste “¿deberíamos darle un gran nombre que nadie puede pronunciar, porque de lo contrario, las personas no podrían tomarlo en serio?

— No yo personalmente — comenzó Enid.

Fran se echó a reír.

—Ustedes complican todo, ¿no? Es una rana con plumas. Es una maldita especie rara.

Poco a poco, Enid comenzó a sonreír de nuevo.

Fran, que estaba ocupada con arrullos a la rara especie, no se dio cuenta. Y eso estaba bien.

Enid y Fran llegaron caminando por el lado del bosque una al lado de la otra. La primera estaba riendo de algo que Fran había dicho. Por su parte, la segunda se veía un poco petulante, como si estuviera saliéndose con la suya por hacer reír a Enid. Alexander y Jonathan, que todavía estaban mirando desde la ventana, parpadearon.

Fue Alexander quien se recuperó primero. Dio una palmada en el hombro a Jonathan.

—Bueno, muchacho, parece que tu encantadora jovencita va a estar con nosotros en el futuro previsible. Que Dios se apiade de tu alma.

—¡Padre! —protestó Jonathan.

Alexander no le hizo caso, riendo mientras abría la puerta de atrás y salía a saludar a las damas. Jonathan se quedó mirando por un momento, tratando de decidir entre estar escandalizado y divertido.

Luego se encogió de hombros, cediendo a lo inevitable, y siguió a su padre al patio. Fran se echó a reír cuando lo vio venir.

Ese sonido era lo último que necesitaba oír para saber, absolutamente y sin lugar a dudas, que estaba en casa.

Fin.

Glosario

Hemos creado este glosario con el fin de facilitar la comprensión de esta historia.

Atte: Gold Books.



Gorgona de Plinio: Es una de la tres especie de gorgonas, su nombre científico es Gorgona esteno, por la Gorgona de la mitología griega llamada Esteno. Son las más intelectuales y generalmente no conviven con otras especies.



Mice: Ratones pensantes. Su nombre científico es Ratón Aeslin. De la familia Murindae.



Seudo dragón bestia de America: Es uno de los dos miembros conocidos del Draco, o pseudo-dragón, de la familia que sobrevivió a la era moderna. El otro miembro, la bestia de Europa (Draco Galahad) sigue siendo exclusivo de su hábitat original Europa, y nunca ha sido visto en ninguna otra región geográfica.



Imp: llamados duendes fronterizos, su nombre científico es Aristófanes fronterizos, los cuales accedieron a nuestra dimensión por las líneas ferroviarias.



Gorgona Euriale: Una de las tres especies conocidas de Gorgonas. Se le conoce coloquialmente como la “Gorgona menor”. Tienden a ser educadas y agradables.

Sobre la autora



¡Hola! Soy Seanan McGuire, autora de la serie Toby Daye (Rosemary and Rue, A Local Habitation, An Artificial Night, Late Eclipses), así como un montón de historias más. También soy Mira Grant (www.miragrants.com), autora de Feed and Deadline.

Nacida y criada en el norte de California. Veo demasiadas películas de terror, leo muchos libros de historietas, y comparto mi casa con dos monstruos en forma de felinos, Lilly y Alice.

Créditos

Moderadora de Traducción

Leeconemi

Traductoras

Celesmg

Connie.J

Pilitas

Maytte

PrisAlvS

Recopilación y Revisión

Leeconemi

Correctoras

Leeconemi

Pily

Camille A.

SilV

Isav

Diseño

PaulaMayfair

